



*La Espiritualidad en el Servicio de
Liderazgo*

Decálogo “mariano”

*Reunión internacional de
los equipos de liderazgo de las Unidades 2016*



LA ESPIRITUALIDAD EN EL SERVICIO DE LIDERAZGO

Decálogo “mariano” para iluminar este servicio de animación

Gonzalo Fernández Sanz, cmf

Hay dos iconos (el de la anunciación y el de la visitación) que pueden ayudarnos a iluminar la espiritualidad de quienes, por el encargo recibido, vivimos también “anunciaciones” y “visitaciones”. A partir de aquí, podremos interpretar con acierto todas las notas de la melodía.

Les propongo un sencillo **decálogo formado con algunas palabras significativas**. No pretendo proponer a María como una especie de “patrona” de las personas que asumen servicios de liderazgo, pero lo que ella vivió en relación con Dios y con los seres humanos nos ayuda a entender y vivir mejor nuestro servicio.

1. “Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo” (Lc 1,28)

Es imposible vivir “espiritualmente” el servicio de liderazgo y, por tanto, convertirlo en fuente de crecimiento personal, cuando no se lo acepta como una gracia. En conjunto, creo que para la mayoría de nosotros/as el servicio de la animación no es algo apetecible en sí mismo sino **un encargo que aceptamos con docilidad** a través de los procesos de elección o designación propios de nuestros institutos.

Se trata, además, de servicios temporales. **Una vez acabados, regresamos a nuestra vida ordinaria.** Nuestra máxima aspiración en la vida es “llegar a ser hermanos o hermanas”. Esto nos basta.

Por otra parte, sin eliminar este aire de sencillez, es preciso descubrir que el encargo recibido es, en realidad, **una gracia nueva que altera nuestras vidas**; es decir, un don de Dios que nos muestra su amor y nos da su mismo Espíritu para llevar a cabo esta misión. Mejor todavía, que nos permite entregar nuestra vida para que nuestros hermanos/as vivan con fidelidad la vocación recibida. Creo que, como María, también nosotros tendríamos que sentirnos “llenos de gracia”. Por tanto, el primer signo de salud espiritual es superar la tentación de estar siempre quejándonos, exagerar las dificultades del cargo o presentarlo como una pesada cruz. **Si hemos sido “bendecidos”, debemos ser también “agradecidos”.** Así, indirectamente, ayudamos a nuestros hermanos y hermanas a aceptar sus propios servicios con serenidad y alegría.

¿Cómo podemos ser “animadores” sin recrear continuamente el origen de la alegría, particularmente hoy que vivimos una permanente tentación de desánimo? ¿Quién anima a las animadoras? Recordemos que no se trata de algo que buscamos sino de una misión que recibimos. Por eso, podemos confiar en que el Señor estará con nosotros, que Él es nuestro pastor. Aunque caminemos por cañadas oscuras, nada tememos, porque Él va con nosotros. (cf. Sal 22/23).

Cuando una es elegida o designada miembro de un consejo, experimenta una suerte de “anunciación” que pone en marcha un complejo proceso hecho de sorpresas, miedos, preguntas, dudas, aceptación, etc. Pero nunca hay que olvidar que en el principio de todo hay una **gracia** (“Alégrate, llena de gracia”) y en el final una **entrega**: “Que se haga en mí según tu palabra”. Estos son los dos polos que nos permiten entender mejor el proceso.

2. “Ella se turbó al oír estas palabras” (Lc 1,29)

En la espiritualidad no hay que tener miedo a los momentos de turbación. La nuestra no es una espiritualidad para “sentirnos bien”, para apagar tensiones, sino para **descubrir a Dios en la trama de la vida tal como ella es, con sus luces y sus sombras**. En el servicio de animación, experimentamos, a menudo, muchas turbaciones que proceden de dentro y de fuera.

Pero quizá las turbaciones más profundas, las que más nos descolocan, **son aquellas que provienen de la misma Palabra de Dios.** En el caso de María, la turbación se produjo ante las palabras del ángel. En el nuestro, tiene que ver muchas veces con la inadecuación que vemos en nosotros entre la misión encomendada y nuestra pobreza personal. A menudo, en visitas o capítulos tenemos que hablar, por ejemplo, de la necesidad de la oración en la VR, mientras comprobamos que nuestra vida de oración es muy deficiente. Y lo mismo puede suceder en relación con los votos, la vida comunitaria o la creatividad apostólica. Uno “teme” no estar a la altura de la Palabra de Dios que tiene que servir, no ser coherente y, en definitiva, no ser creíble. La falta de credibilidad es lo que más mina la eficacia de nuestro servicio.

Este temor puede paralizarnos –es verdad–, pero puede también ayudarnos a madurar espiritualmente porque **nos permite tomar conciencia de lo que realmente somos** (sin creer que por el hecho de pertenecer a un gobierno tenemos la santidad asegurada) y, por otra parte, **nos abre a la acción de Dios “en” nosotros y “a través de” nosotros.** Cuando ambas dimensiones forman parte de nuestra experiencia nos capacitan también para acompañar a nuestros hermanos y hermanas que experimentan turbaciones y temores en su vida religiosa.

3. “No temas” (Lc 1,30)

En medio de las turbaciones, el mensaje del Señor, a través de sus innumerables ángeles, es inequívoco: “No temas”. Este mensaje del ángel Gabriel es como una anticipación del *ritornello* de Jesús a sus apóstoles en diversas circunstancias: “No temáis” (cf. Mt 10,31; 28,10; Lc 12,32; Jn 6,20; 16,33).

El temor es un sentimiento que nos paraliza, que bloquea todos los recursos que el Señor nos ha concedido para llevar a cabo la tarea encomendada. Aunque es una constante en toda experiencia espiritual, hay que reconocer que en la VR de hoy se da una sobredosis de temores que nos acobardan.

Solo la fe nos permite descubrir que no hay realidad, por opaca que parezca, que no pueda ser traspasada por la luz de Dios. En realidad, nuestros temores y turbaciones acaban siendo un problema de fe. Cuesta creer que Dios esté allí donde no vemos signos de su presencia. Por eso, **en nuestra espiritualidad es tan importante alimentarnos de la Palabra de Dios**, a través del ejercicio cotidiano de la “lectio divina”, práctica que estamos cultivando cada vez más. En medio de tantos mensajes que nos invitan al temor, la Palabra de Dios, sin pasar por alto la realidad, siempre nos transmite el mismo mensaje: “La historia, la tuya y la del mundo, no se le escapa a Dios de las manos. Por tanto, no hay ningún motivo para temer”.

Creo que uno de los mejores servicios que podemos ofrecer a través de los gobiernos es el de **invitar a nuestros hermanos y hermanas a no tener miedo**. Naturalmente, esto no se hace mediante personas psicológicamente optimistas y mucho menos personas ingenuas e inmaduras que no se hacen cargo de las dificultades, sino a través de personas creyentes, que han madurado su esperanza en el contacto asiduo con la Palabra de Dios.

Son tantos los indicadores actuales de temor, en el marco de esta grave crisis que estamos padeciendo, que fácilmente podemos abandonarnos al derrotismo. En este contexto, el servicio de animación adquiere también los rasgos del **consuelo** (“Consolad a mi pueblo, dice el Señor”, Is 40,1), la **paciencia** (“Sed pacientes”, Sant 5,7), la **vigilancia y la oración** (“Velad y orad”, Mt 26,41).

4. “¿Cómo ha de ser esto?” (Lc 1,34)

Una parte importante de nuestra espiritualidad la constituyen las preguntas. A María la solemos presentar como la “mujer del sí” (es decir, la mujer de la respuesta), pero olvidamos que es también **la mujer de las preguntas**. Este aspecto conectaría mucho con los millones de creyentes que se sienten perplejos a la hora de vivir su fe en las complejas situaciones de la vida actual. Y también con nuestros hermanos y hermanas más lúcidos que no renuncian a preguntarse por los fundamentos de su fe y su vocación: ¿Es verdad que la fe

plenifica al ser humano? ¿Quién me asegura que una vida celibataria no conduce, al final, a una gran inmadurez y esterilidad personal? ¿Ha pasado ya la hora de la vida religiosa tradicional? ¿Merece la pena seguir buscando vocaciones cuando lo que podemos ofrecerles es solo un estilo de vida monótono y rutinario?

En el ejercicio del liderazgo no siempre sabemos lo que tenemos que hacer. Nos sentimos también perplejos a la hora de tratar situaciones personales, problemas económicos, procesos de reestructuración, etc. Las preguntas bien formuladas nos dan lucidez, penetración. Hacen que no repitamos las cosas por rutina o pereza. ¿Cuáles son las preguntas que hoy nos hacemos?

5. “El Espíritu Santo descenderá sobre ti” (Lc 1,35)

La diferencia entre la espiritualidad y el espiritualismo estriba en el papel que otorgamos al Espíritu Santo: un papel supletorio (en el segundo caso) o un papel impulsor (en el primero). Recuerdo una frase del teólogo dominico Edward Schillebeeckx que me impresionó en mis años de estudiante de teología: “El Espíritu Santo no suele suplir la falta culpable de competencia”. **La venida del Espíritu Santo no es el “ungüento amarillo” para resolver todos los problemas que encontramos en el servicio de liderazgo.** Pero él es el impulsor de la misión.

Como miembros de consejos, deberíamos recordar a menudo que “nadie puede decir *Jesús es el Señor* si no es movido por el Espíritu Santo” (1 Cor 12,3b). Este mismo Espíritu es quien nos irá recordando a lo largo de la historia lo que Jesús ha dicho (cf. Jn 14,26 y nos conducirá hacia la verdad plena (cf. Jn 16,12-13). En otras palabras: sin el Espíritu Santo, la vida religiosa deja de ser *memoria de Jesús* para convertirse simplemente en un *modus vivendi* que resultará más o menos aceptable según los frutos sociales que produzca.

¿Qué significa, en nuestro caso, que el Espíritu Santo descenderá sobre nosotros? Creo que podríamos responder así: **que recibiremos los dones y los frutos del Espíritu para llevar a cabo nuestra misión**, no para imponer nuestros puntos de vista o hacer nuestros proyectos personales. Cuando repasamos los dones (sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, piedad, fortaleza y temor de Dios), caemos en la cuenta de que, aunque concedidos a todos los cristianos, parecen más necesarios para aquellos y aquellas que han recibido la misión de discernir, tomar decisiones, acompañar, consolar, etc. Nos ayudará mucho a afrontar nuestro servicio desde una perspectiva más profunda, como mujeres de fe. El servicio de animación, a partir de los **dones del Espíritu**, producirá, sin duda, los **frutos del Espíritu** en las personas con quienes compartimos la vida y la misión: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia y castidad.

6. “He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38)

Cuando uno dice “sí” a una elección o una designación, no sabe exactamente a qué se compromete. En realidad, no dice “sí” a un programa de gobierno. Dice “sí” a Dios y a su Palabra. Dice: heme aquí, como han dicho todos los “amigos de Dios”: Abrahán, Moisés, Samuel, David, etc. Es un ejercicio de confianza absoluta. **Creemos que el mismo Dios que nos ha llamado irá llevando a término su obra en nosotros.** Por eso, no suele dar buen resultado poner demasiadas condiciones.

Os invito a evocar mentalmente el momento en el que os preguntó si aceptabais la elección. ¿Qué sentimientos predominaron en vosotras en aquel momento? En el caso de haber sido reelegidas una o varias veces, ¿qué otros sentimientos se dieron? ¿Erais conscientes de que ese “sí” era, en el fondo, una expresión más, junto a otras muchas, de vuestro voto de obediencia? La cuestión fundamental no es dónde voy a encontrarme mejor sino **qué quiere Dios de mí en este momento de mi historia.**

Una vez que uno dice “sí” no debería estar permanentemente cuestionando su respuesta. **El “sí” implica también una espiritualidad de la aceptación de las consecuencias, de normalidad y sencillez.** A nadie se nos carga una cruz más pesada de la que podemos llevar... con la gracia de Dios.

El “sí” se modula hoy en clave de “misión compartida”. Se trata de que ejerzamos el servicio del liderazgo solidariamente. También aquí se abre una nueva ventana espiritual. Creo que se podría hablar incluso de una **espiritualidad de la misión compartida**, que implica:

- Reconocer la voz del Espíritu en las opiniones de las demás compañeras, aunque no siempre coincidan con el propio punto de vista.
- Atreverse a proponer la propia opinión, después de haber orado y reflexionado.
- Introducir en el consejo “otras voces” provenientes de los laicos con quienes trabajamos, los pastores, algunos expertos en los diversos temas, etc. para que el discernimiento no se convierta en un ejercicio puramente doméstico y auto-referencial.
- Compartir el trabajo en equipo, aceptando de buen grado aquello que se nos encomienda.
- Hacer observaciones críticas sin temor a romper el buen clima.

7. “María se puso en camino con presteza” (Lc 1,39)

Me gusta este versículo lucano porque se aplica *sine glossa* a la tarea de los miembros de los equipos. Son embajadoras permanentes. **La itinerancia, el “ponerse en camino” forma parte no solo de su trabajo sino, sobre todo, de su espiritualidad.** Nos invita a una permanente **espiritualidad de la desinstalación.**

Este “ponerse en camino” implica también una **espiritualidad de la apertura a otros países, climas, idiomas, razas, culturas, etc.** Por otra parte, esta permanente apertura, que, a veces, puede producir cansancio físico o emocional, te obliga a poner en juego una serie de virtudes que son las propias del itinerante: paciencia, humildad, capacidad de sorpresa y de escucha, sensibilidad hacia el mundo de los pobres, sentido del humor...

Cuando María se pone en camino lo hace “*cum festinatione*”. Nuestras biblias suelen traducir: “con prisa”. ¡Lo que nos faltaba para justificar nuestro estilo de vida acelerado! Mejor sería decir: “con prontitud o presteza”; es decir, sin inútiles dilaciones, poniendo el corazón en lo que se nos ha encargado. Por otra parte, María, en su visita a Isabel, le lleva el don de la “paz” (*shalom*), de la armonía universal: con uno mismo, con los demás, con la creación y con Dios. Más aún, lleva en su seno al “príncipe de la paz”, a “Cristo, nuestra paz”. Ella es *teófora*, portadora de Dios. ¿No encontramos aquí nueva inspiración para nuestro camino espiritual? **Un miembro de un consejo, en sus visitas, debería ser también un *teóforo* o una *teófora*, debería llevar el don de la paz** y no añadir más conflictividad a la que a veces encontramos en algunos lugares.

8. “Bienaventurada tú que has creído” (Lc 1,45)

Lo más profundo que experimentamos en el servicio del liderazgo **es la experiencia de la fe** en el Dios que ya ha llegado

antes que nosotros, que actúa en las personas, que crea culturas, que sostiene la vida, que impulsa, a través de su Espíritu, la evolución del universo. Por eso, al final de nuestros años de servicio, ojalá pudiera decirse de nosotros lo que Isabel le dice a María: “Bienaventurada tú que has creído... porque todo lo que te ha prometido el Señor se cumplirá”.

¿En qué medida nos está ayudando nuestra misión de liderazgo a creer con más hondura y entrega?

9. “Mi alma glorifica al Señor” (Lc 1,46)

La respuesta de María al “piropo” de su prima Isabel es un canto de alabanza a Dios. El *Magnificat* de María revela elementos muy valiosos de su manera de vivir la fe en Dios y también de nuestra espiritualidad mariana:

- La experiencia de **Dios como fuente de alegría y plenitud** y no de alienación, como han denunciado los “maestros de la sospecha”.
- La experiencia de Dios como **experiencia de salvación o “experiencia fundante”**, que nos permite pasar de una vida centrada en nosotros mismos a una vida des-centrada en Dios y en los demás.
- Una imagen de Dios que **da la vuelta al mundo injusto** que hemos construido y que privilegia a los más pequeños.
- Una imagen de Dios que **revela su fidelidad** a lo largo de los avatares de la historia y que nos da una confianza absoluta

en su amor en medio de los constantes cambios históricos que nos ha tocado vivir.

Cuando examinamos nuestra experiencia espiritual, ¿reconocemos estos rasgos en nuestra experiencia de Dios? Creo que un buen ejercicio, sobre todo en los momentos de prueba, consiste en escribir nuestro *Magnificat* para caer en la cuenta de las obras que Dios ha ido haciendo en nosotros, en la iglesia y en el mundo y de las que nosotros, por nuestro servicio, somos testigos privilegiados. A mayor abundancia de dones, mayor expresión de gratitud y de alabanza.

10. “Volvió a su casa” (Lc 1,56)

Saber volver a casa es importante. Una expresión de nuestra espiritualidad itinerante es la de informar sin agobiar, sin ocupar el espacio de las hermanas de comunidad que permanecen en casa. Otra es la de reconocer el servicio de las personas que nos apoyan en la retaguardia.

Pero hay un “volver a casa” más radical que significa saber concluir con dignidad el período para el cual hemos sido elegidos.

Para evitar esta crisis, que consiste básicamente en confundir el *rol* que representamos con la *persona* que somos, es bueno tomar conciencia con tiempo de que el servicio en el gobierno es temporal.

Conclusión

- ¿Qué *preguntas* nos hacemos en nuestro ejercicio del liderazgo?
- ¿Qué *Magnificat* podríamos escribir a partir de nuestra experiencia de liderazgo?